

CAPITULO I

Nacer de pie

Verano del 36. Estoy a punto de nacer, de abrir los ojos a esta vida tan bonita que teóricamente me espera: un padre en el momento cumbre de su vida política, adulado y adorado, una madre de “buena familia”, una hermanita, una casa maravillosa, en fin, una familia unida y feliz.

Fui un bebé hermoso, no es falsa modestia (las fotos de la época dan fe de ello) ... una niña que llegaba para poner un poco de bálsamo en el corazón destrozado de mi madre.



Mi madre y yo

Su primera hija, con solo tres meses, murió como consecuencia de una gastroenteritis fulminante (pocos años después la penicilina la habría salvado).

Todavía recuerdo haber leído muchos años después, cuando recogía las cosas de mi madre después de su fallecimiento, unas cartas entrañables dirigidas a su padre contando las mil monerías que hacía este bebé, su primer bebé. Me ponía en su lugar imaginándome, cuando yo también fui madre, el dolor insoportable, inaguantable, que tuvo que padecer, de quererse morir ella también, y lloré como una niña. Pero la vida siguió y vino al mundo su segunda hija, Chantal. Sana, preciosa.

Nadie podía imaginar la pesadilla que también iban a sufrir cuando la niña, a los dos años de edad, estaba al cuidado de nuestra abuela materna en la gran casa de la Rue de St. Jaques de Tournai (ciudad francófona de Bélgica situada en la Región Valona). Una empleada de la casa acababa de desatascar un lavabo con.....sosa cáustica y había dejado el frasco allí, al alcance de cualquiera. La niña debió de creer que eso era azúcar, echó el polvito blanco en su vasito de agua y se lo bebió.

Imposible sobrevivir a esto. El esófago convertido en un fino hilo lleno de codos y recovecos. Pero sobrevivió.

Fueron diez años de intervenciones y un gran sufrimiento para la niña, pero llegó a adulta, incluso a abuela. Toda su vida ha tenido que cuidarse el esófago y ensanchárselo cada cierto tiempo. Se casó, tuvo dos hijas, dos nietos, y actualmente tiene 84 espléndidos años.

El médico escribió un libro narrando su caso ya que se podía considerar casi un milagro.

Durante uno de los viajes de mi madre a Paris nació mi hermana Godelieve, la única parisina de la familia.



Mi madre con Godelieve en brazos, Chantal y yo

Pero volvamos a la realidad de este momento en que veo la luz en esta casa de “cuento de hadas” de la calle Drève de Lorraine de Bruselas, donde viví hasta los nueve años y de la que apenas tengo recuerdos... ni de mis padres.

Vivíamos mis cuatro hermanos y yo en un ala de la casa separada de ellos... como en esos antiguos palacios. Por lo menos yo lo veía así de niña.

Recuerdo como si fuera ayer que lo primero que se veía al entrar en casa, arriba de la enorme escalera, era esa Loba Capitolina amamantando a dos niños, Rómulo y Remo.

Mi padre era un enamorado de la roma imperial, pasión que he heredado de él, y eran innumerables los vestigios y testimonios de esta maravillosa civilización que encontrábamos por toda la casa: libros, vidrios, mosaicos, reproducciones de esculturas, etc.

El arte era su pasión, igual que la política, que fue más adelante nuestra perdición. Pero de eso hablaré más adelante.

Nosotros, “los niños” teníamos nuestro paraíso: la salle d’étude y la salle de jeu. ¡No íbamos al colegio! Teníamos institutrices, a las que adorábamos, y que también acabaron padeciendo un triste destino al acompañarnos y cuidarnos durante los años de la guerra.

Con cinco o seis años solía ir a explorar el resto de la casa: los salones con muebles del siglo XVIII francés, el comedor donde me asomaba cuando iba a haber una cena

importante y miraba boquiabierto esa mesa maravillosamente puesta, esos sillones, esas luces.... ¡y el despacho de mi padre! Un "bureau" donde se hacía invisible para nosotros. Recuerdo que no se veían las paredes, solo libros y tapices flamencos firmados con las iniciales B.B. "de Bruxelles-Brabant" como él me contó muchos años después. Entre esos tapices me asomaba yo buscando una apertura para entrar porque la puerta quedaba tapada.... Y allí me quedaba observando a este señor guapo, elegante, mágico... mi padre. Y de repente él me veía, soltaba una carcajada y me cogía en brazos. Por unos segundos, sí era mi padre. Esta imagen nunca se borrará de mi mente y la recordábamos los dos quince años después cuando la vida volvió a reunirnos. Recuerdo a mi madre aparentemente feliz, pero me daba cuenta de lo que sufría. Primero con el accidente de Chantal y, más imperceptiblemente (los niños sentimos esas cosas), por la vida tan especial que soportaba debido a las derivas políticas de su marido.

Era guapísima, culta, elegante. Jugaba muy de vez en cuando con nosotros en un jardín inmenso tirándonos en la hierba. Sobre todo tengo una imagen de ella grabada en mi memoria, vestida de amazona y yéndose por el Bois de la Cambre a galopar con su caballo.

No tengo recuerdos sin embargo de celebraciones de cumpleaños, primeras comuniones, vacaciones en familia. Solo alguna vez fuimos a las Ardenas y al pueblo de Bouillon de donde era mi padre, y a Tournai, donde mis abuelos maternos tenían una casa que en mis recuerdos infantiles era maravillosa. Lo pasábamos muy bien allí con mi abuela. La Abuela, con A mayúscula, que en la post-guerra nos crio durante quince años con un amor y dedicación infinitos.